

alguna porcion de las que hay en San Maximino. Envidiosos los griegos de que la iglesia latina poseyese este inestimable tesoro, luego que se separaron de ella, salieron con la invencion de que san Lázaro, santa Marta y santa Magdalena habian muerto en Éfeso, especie de que hasta entonces no se habían acordado. Así, pues, tiene mucha razon la Provenza para gloriarse de que ella le posee, fundada en una tradicion venerable por su antigüedad, autorizada con manuscritos antiguos del sexto siglo, que se guardan en las iglesias de Tolon y de Senés; con el testimonio de Sigiberto, monje de Gemblours, de Honorio de Autun, de Gervasio de Tilisberi y de otros muchos autores antiguos; pero singularmente con la autoridad de muchos grandes papas, como Benedicto X, Juan XXII, Gregorio XI, Clemente VII, Eugenio IV, Sixto IV, Adriano VI y Urbano VIII que con sus bulas hicieron como cierta una tradicion tan constante.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Marsella, la fiesta de santa María Magdalena, de cuyo cuerpo lanzó el Señor siete demonios, y que mereció ver la primera al Salvador resucitado de entre los muertos.

En Filipos, santa Sinteca, de la cual habló el apóstol san Pablo.

En Ancira en Galacia, la fiesta de san Platon, mártir, mandado azotar por el teniente Agripino; desgarrado luego con uñas de hierro y atormentado con otros suplicios horrorosos, perdiendo por último la cabeza á filos de la espada, entregó al Señor una alma que nada pudo hacer titubear. El segundo concilio de Nicea atestigua los milagros hechos por nuestro santo en alivio de los cautivos.

En la isla de Chipre, san Teófilo, pretor, que, cogido

por los Arabes, y no habiendo podido recabarse de él ni con dones, ni con amenazas que renegase de Jesucristo, fué al cabo pasado á cuchillo.

En Antioquía, san Cirilo, obispo, célebre en ciencia y santidad.

En Auvernia, san Menele, abad.

En el monasterio de Brandiberga, san Vandriilo, abad, ilustre por sus milagros.

En Escitópolis en Palestina, san José, conde.

En Besanzon, san Donato, obispo, que compuso una regla para religiosos.

En Africa, el natalicio de los santos mártires Maxulitanos. San Agustin compuso dos sermones sobre su festividad.

En Oriente, el fallecimiento de santa Atanasia, esposa de san Andrónico.

La misa es en honor de la santa, y la oracion la siguiente.

Beatae Mariae Magdalene,
quæsumus, Domine, suffra-
giis adjuvemur; cujus pre-
cibus exoratus, quatrduanum
fratrem Lazarum vivum ab
inferis resuscitasti. Qui vivis
et regnas...

Suplicámoste, Señor, que
seamos ayudados por la inter-
cesion de la bienaventurada
María Magdalena, á cuyos rue-
gos resucitaste á su hermano
Lázaro, despues de cuatro dias
muerto. Tú que vives y reinas...

La epistola es del cap. 3 y 8 del libro de los Cánticos

Surgam, et circuibó civita-
tem. Per vicos et plateas quæ-
ram quem diligit anima mea:
quæsvi illum, et non inveni.
Invenerunt me vigiles qui cus-
todiant civitatem. Num quem
diligit anima mea vidistis?
Paululum cum pertransissem
eos, inveni quem diligit anima
mea: tenui eum, nec dimittam

Me levantaré, y rodearé la
ciudad. Por los barrios y plazas
buscaré al que ama mi alma:
le busqué, y no le hallé. En-
contráronme las centinelas que
guardan la ciudad. ¿Visteis
por ventura al amado de mi
alma? De allí á poco que los
dejé, encontré al que ama mi
alma, le coji, y no le dejaré

donec introducam illum in domum matris meæ, et in cubiculum genitricis meæ. Adjuro vos, filiæ Jerusalem, per capreas, cervosque camporum, ne suscitatis, neque evigilare faciatis dilectam, donec ipsa velit. Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum: quia fortis est ut mors dilectio, dura sicut infernus æmulatio: lampades ejus lampades ignis atque flammæ. Aquæ multæ non potuerunt extinguere charitatem, nec flumina obruent illam: si dederit homo omnem substantiam domus suæ pro dilectione, quasi nihil despiciet eam.

hasta tanto que le introduzca en la casa de mi madre, y en el retrete de la que me engendró. Yo os conjuro, ó hijas de Jerusalem, por las cabras y los ciervos de los campos: que no despertéis, ni hagáis des velarse á mi amada hasta tanto que ella quiera. Ponme como un sello sobre tu corazón, como sello sobre tu brazo: porque el amor es fuerte como la muerte, y los zelos duros como el infierno: sus lámparas son lámparas de fuego y de llamas. Las muchas aguas no pudieron apagar la caridad, ni la cubrirán los rios: cuando un hombre diese por el amor todas las riquezas de su casa, las despreciaría como si fuesen nada.

NOTA.

« El Cántico de los Cánticos, de donde se sacó esta » epístola, es una parábola continuada, en la cual » debajo de expresiones alegóricas se encierran los » espirituales misterios de la union del Verbo con la » naturaleza humana en la Encarnacion, y de la del » hombre Dios con la Iglesia su santa esposa. »

REFLEXIONES.

Me levantaré, y daré vuelta á la ciudad. Es cierto que no se encuentra á Dios en la ociosidad, en la poltronería, en la pereza y en la desidiosa inaccion. Las almas perezosas y dejadas, los corazones inmortificados y regalones, los espíritus tibios y holgazanes en vano buscan al Esposo celestial en una vida inútil y regalada; estén ciertos de que jamás le encontrarán.

No, no se toma el gusto á Dios entre las delicias de una vida enteramente mundana; solo en medio de las cruces, entre las humillaciones y los abatimientos, en los ejercicios duros y penosos de la penitencia se encuentra aquel consuelo espiritual, aquella interior dulzura que produce en una alma inocente la presencia del divino Esposo; cualquiera otro camino es extravío. No gusta Dios de siervos holgazanes. En vano se le busca en las calles y en las plazas públicas; el bullicio y el tumulto no son de su agrado; ama la soledad y el retiro. Una vida bulliciosa nunca fué ni puede ser muy interior: no es posible gustar de Dios en medio de la disipacion. Pide la esposa noticias de su amado á los guardas de la ciudad, esto es, como expone san Bernardo, á los sentidos exteriores. Dirigese mal para adquirirlas, porque estos ni conocen al que busca, ni tienen noticia de sus caminos. Las almas sepultadas en los sentidos continuamente viven en la ignorancia y en las tinieblas. No se comunica Dios á esas almas terrenas. *El hombre animal*, dice el Apóstol, *no conoce el espíritu de Dios.* De aquí nace el tedio con que los mundanos miran la virtud, y de aquí el desprecio que hacen de las máximas santas del Evangelio. Si se quiere tomar gusto á las verdades de mayor consuelo que tiene la religion; si se quiere experimentar dulce y suave el yugo del Señor; si se quieren gustar anticipadamente aquellos como destellos de la gloria; si se quieren percibir aquellas dulzuras espirituales que el divino Esposo derrama tan liberalmente en las almas puras, es menester elevarse sobre los sentidos, es menester mirar únicamente con los ojos de la fe las brillanteces y las vanidades del mundo; es menester vivir una vida totalmente espiritual. No hay luz pura, no hay sabiduría verdadera, no hay sólida virtud sin una constante mortificacion de los sentidos.

En levantándose el espíritu sobre esas nubes densas y tenebrosas, se respira un aire puro, se goza un cielo sereno, se vive en una dulce calma; entonces se halla al amado que se busca, y que es toda nuestra felicidad; una vez encontrado, se procura con el mayor cuidado no volverle á perder. Llórase entonces la triste suerte de aquellos, que, embriagados en los falsos gustos que tarde ó temprano se les vuelven tan amargos, en aquellos bienes aparentes que dejan tan vacío el corazón, y que lejos de satisfacerle le excitan mas la sed, viven cada dia mas y mas hambrientos; entonces apenas se puede comprender cómo hay almas ilustradas con las luces de la fe que giman toda la vida sujetas á la triste tiranía de las pasiones. La mansion del Esposo es la celestial Jerusalem; en ella ha de entrar algun dia para gozar á su vista la gloria preparada á los que le aman, y para embriagarse en aquel torrente de delicias que el Señor nos tiene prometidas. El alma pura y desprendida de los sentidos por el ejercicio de una vida tan espiritual, goza ya desde esta aquellas dulzuras inebriables. Esta es la dichosa suerte de los que aman ardientemente á Jesucristo en este mundo. ¡Oh y qué suavísimos consuelos hace gustar aun en esta vida este amor tierno, constante y generoso!

El evangelio es del cap. 7 de san Lucas.

In illo tempore : Rogabat
Jesus quidam de pharisæis
ut manducaret cum illo. Et
ingressus domum pharisæi,
discubuit. Et ecce mulier, quæ
erat in civitate peccatrix, ut
cognovit quod accubisset in
domo pharisæi, attulit alabastrum unguenti : et stans
retro secus pedes ejus, lacry-

En aquel tiempo : Rogaba á
Jesus uno de los fariseos que
fuese á comer con él. Y habien-
do entrado en casa del fariseo,
se sentó á la mesa. Cuando hé
aquí que una mujer, que era
pecadora en aquella ciudad,
luego que oyó como estaba comi-
endo en casa del fariseo, tomó
un alabastro de unguento, y

mis cepit rigare pedes ejus,
et capillis capitis sui tergebat,
et osculabatur pedes ejus, et
unguento ungebat. Videns au-
tem pharisæus, qui vocaverat
eum, ait intra se dicens : Hic
si esset propheta, sciret uti-
que, quæ, et qualis est mulier
quæ tangit eum : quia peccatrix
est. Et respondens Jesus,
dixit ad illum : Simon, habeo
tibi aliquid dicere. At ille ait :
Magister, dic. Duo debitores
erant cuidam feneratori :
unus debebat denarios quin-
gentos, et alius quinquaginta.
Non habentibus illis unde red-
derent, donavit utrisque. Quis
ergo eum plus diligit ? Respon-
dens Simon, dixit : Æstimo
quia is, cui plus donavit. At
ille dixit ei : Rectè judicasti.
Et conversus ad mulierem,
dixit Simoni : Vides hanc mu-
lierem ? Intravi in domum
tuam, aquam pedibus meis
non dedisti : hæc autem lacry-
mis rigavit pedes meos, et ca-
pillis suis tersit. Osculum mihi
non dedisti : hæc autem ex
quo intravit, non cessavit os-
culari pedes meos. Oleo caput
meum non unxisti : hæc autem
unguento unxit pedes meos.
Propter quod dico tibi : Remittuntur
ei peccata multa,
quoniam dilexit multum. Cui
autem minus dimittitur, minus
diligit. Dixit autem ad illam :
Remittuntur tibi peccata. Et

estando junto á sus piés por
la parte de atrás, comenzó á
regar sus piés con lágrimas,
y los enjugaba con los cabellos
de su cabeza, y los besaba y
los ungió con unguento. Vién-
dolo, pues, el fariseo que le
habia llamado, dijo para sí :
Si fuera este profeta, sabria
ciertamente quién y cuál es la
mujer que le toca, y como es
pecadora. Y respondiendo Je-
sus, le dijo : Simon, tengo que
decirte cierta cosa. Y él res-
pondió : Maestro, díla : Un
acreedor tenia dos deudores,
el uno le debia quinientos dine-
ros, y el otro cincuenta. No te-
niendo estos modo de pagarle,
les perdonó á ambos la deuda.
¿Quién de ellos, pues, le ama
mas ? Respondió Simon : Juzgo
que aquel á quien mas le per-
donó. Y él dijo : Has juzgado
rectamente. Y volviéndose á la
mujer, dijo á Simon : ¿ Ves esta
mujer ? Entré en tu casa, y no
diste agua á mis piés ; y esta
los ha regado con sus lágrimas,
y los enjugó con sus cabellos.
No me has dado el beso, y esta
desde que entró no cesó de
besarme los piés. No has ungió
con aceite mi cabeza, y esta
ungió mis piés con unguento.
Por lo cual te digo le son per-
donados muchos pecados, por-
que amó mucho. A aquel que
ama menos, se le perdona
menos. Y la dijo : Te son per-

cœperunt qui simul accumulabant, dicere intra se : Quis est hic, qui etiam peccata dimittit? Dixit autem ad mulierem : Fides tua te salvam fecit : vade in pace.

donados los pecados. Y los convidados comenzaron á decir para sí : ¿Quién es este que perdona tambien los pecados? Dijo, pues, á la mujer : tu te hizo salva : vete en paz.

MEDITACION.

MODELO DE LA VERDADERA PENITENCIA Y DEI PERFECTO AMOR DE JESUCRISTO EN SANTA MARÍA MAGDALENA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hubo en el mundo modelo mas perfecto de la verdadera penitencia que el de la Magdalena; toda penitencia que no se parezca á él es falsa. Fué penitencia pronta, generosa, y fué eficaz. Pronta para vencer todas las dilaciones que son tan comunes en los pecadores; generosa para triunfar de todos los estorbos, y para atropellar por todos los respetos humanos que tanto los suelen acobardar; eficaz para sacrificar valerosamente á Dios todo lo que fué materia y ocasion de pecado. Tan presto como conoció, dice el evangelista, esto es, en el mismo punto en que Dios le abrió los ojos, y la gracia movió el corazon, renunció la culpa. No se para, no se detiene, no delibera, no da oídos al espíritu del mundo, ni á la repugnancia natural, ni á otras muchas consideraciones que la desvian de su intento. No espera tiempo mas oportuno, ni ocasion mas favorable; no busca otro lugar donde haga menos ruido su conversion. Prudencia del siglo, cabilosos discursos, pretextos especiosos, ¡cuántas conversiones haceis abortar! En materia de conversion no hay dilacion que no sea una especie de impenitencia. La menor duda en materia de fe es no creer; y la menor dilacion en punto de penitencia es verdaderament

no convertirse. Luego que la Magdalena conoció el lastimoso estado de su alma, *ut cognovit*; luego que entendió donde encontraria al Salvador, parte, corre, entra intrépidamente en la sala, arrójase á los piés de Jesucristo, riégalos con sus lágrimas sin dársele nada por los concurrentes. No es ya una penitencia tímida que se recata, que se disfraza, que quiere atemperarse á todo, porque de todos se rezela; es una penitencia intrépida, resuelta, generosa, que solo se aconseja con su salvacion. No se logró jamás victoria mas completa, triunfo mas cabal de los respetos humanos, del amor propio y del orgullo; con una sola accion sacrificó todo lo que podia lisonjear su ambicion, su reputacion y su delicadeza. No se avergonzó de parecer arrepentida, solamente se corrió de haber sido pecadora; hizo que sirviese á la justicia, á la penitencia y á la virtud todo lo que habia sido instrumento ó fomento del pecado. Magdalena á los piés del Salvador, dice san Agustin, es un idolo del mundo, convertido en victima, y sacrificado al verdadero Dios. Consagró á su servicio todo lo que habia contribuido á su perdicion. ¿Habianla perdido sus ojos? pues de ellos saca lágrimas que han de contribuir á salvarla; ¿habian estos encendido en su corazon el amor del mundo? pues brotan de ellos torrentes que apagan este impuro fuego. Los perfumes, las joyas, los preciosos licores que fueron incentivos de la profanidad y de la sensualidad, ya son sacrificios de la penitencia. Este es el modelo de una verdadera conversion; pero ¿es este el modelo de la nuestra? Esos proyectos de conversion siempre dilatados; esos vanos temores, esas reservas, esa cobardía en vista del menor estorbo, esa adhesion á todo lo que es asunto y motivo de arrepentimiento, ¿todo esto es buena prueba de que estamos verdaderamente convertidos?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el amor de Dios es inseparable de una verdadera conversion, y por los efectos de este amor se ha de hacer juicio seguro de la sinceridad y del mérito de la penitencia. Observa bien lo uno y lo otro en la conversion de la Magdalena. Buena prueba es su amor á Jesucristo. ¿Qué amor tan abrasado, qué generoso! Seguir al Salvador cuando obraba maravillas, era fácil; entonces era inmenso el número de sus discípulos; pero le prenden, cae, por decirlo así, en desgracia de los hombres; casi todos le abandonan; mas la fina Magdalena no sigue este cobarde ejemplo: amaba á Cristo, y no á sus milagros; por tanto le acompaña hasta el pié de la cruz en el monte Calvario. Adórale, y le ama en medio de sus oprobios; ámale aun despues de muerto. ¿Con qué impaciencia espera que se pase el dia del sábado para ir á rendirle los últimos honores! pero ¿acaso esta generosa amante no preveia las dificultades, ni tenia presentes los estorbos? De ningun modo; pónese en camino, y luego se le ofrece si podria mover la lápida que cubria el sepulcro. Bastaba este invencible impedimento para que una mujer moza y delicada se volviese atrás; un cuerpo de guardia, una piedra de enorme peso, el sello del príncipe, todas eran razones poderosas para que no pasase adelante: mucho menos sería menester el dia de hoy para acobardar y para desalentar á muchas personas devotas. Todas eran dificultades insuperables, sí, para quien tiene una fe lánguida y poco segura, un amor de Dios tibio y desmayado; pero á quien le ama sin reserva, la confianza le infunde un maravilloso valor, y ella le sirve de todo. Tambien es cierto que ninguna cosa mueve mas al Salvador á hacer grandes prodigios que un amor generoso y una viva fe. Luego que Magdalena

se resuelve á pasar adelante, huyen los soldados, y se abre el sepulcro. Así se allanan, Dios mio, las mayores dificultades, cuando se quiere con resolucion abrazar vuestro servicio; así desaparecen todos los estorbos, cuando el alma se resuelve de veras á vencerlos, y vos veis un corazon determinado y ardiente; pero ¿quién obligaba á la Magdalena á una vida tan penitente despues de la ascension del Señor? ¿no estaba muy segura de que se le habian perdonado todos sus pecados? ¿pues á qué fin macerar su cuerpo con tan rigurosa penitencia? Es que amaba á su Dios con abrasado amor; es que tenia continuamente delante de los ojos á Jesus crucificado, y queria cumplir en su carne, como se explica el Apóstol, el resto de la pasion de su divino Maestro; es que sabia que la cruz era en esta vida la herencia de los verdaderos cristianos.

Pero ¿reconocemos nosotros en este retrato nuestro amor á Jesucristo? ¿hallamos en este modelo el de nuestra conversion y nuestra penitencia? No sabiendo si nos ha perdonado Dios nuestras culpas, ¿qué hacemos para satisfacer por ellas? ¿cuáles son nuestras mortificaciones? ¿cuál nuestra penitencia? Estéiles deseos, frívolos proyectos de conversion, que solo sirven para amodorrar el alma en su infeliz estado. Vivese en una eterna irresolucion é indeterminacion, como si se pudiese tomar otro partido. Pero nuestro poco amor de Dios en esta vida ¿no será triste presagio de la eterna infelicidad que nos espera en la otra?

No permitais, Señor, que me suceda esta desdicha: motivo me da para temerla mi pasada cobardia; pero me anima á esperarla todo de vuestra inmensa bondad la confianza que tengo en vuestra misericordia infinita, y el ejemplo de santa Maria Magdalena.

JACULATORIAS.

Quis mihi det ut inveniam te! Cant. 8.

¡O amado mio de mi alma, quién me diera hallarte para no apartarme de tí en todos los días de mi vida!

Inveni quem diligit anima mea: tenui eum, nec dimittam. Cant. 3.

Hallé al amado de mi corazón; estrechéle entre mis brazos, y jamás permitiré que se aparte de mí.

PROPOSITOS.

1. El primer carácter de la verdadera penitencia es la prontitud en corresponder al movimiento de la gracia cuando se trata de conversión; la dilación y la deliberación en esta materia da motivo para temer que jamás llegue el caso de convertirse. Confesar que es preciso hacerlo, y dilatarlo para otro tiempo es, una de dos, ó no dársele á uno nada el morir sin convertirse, y esto es impiedad, ó prometerse que tendrá tiempo para hacerlo, y esto es presunción. Huye de la una y de la otra. Pocos hay que no tengan necesidad de vencer alguna pasión, de reformar sus costumbres, de romper algún mal hábito, de corregir algún vicio, de hacer alguna restitución, y de calmar los justos remordimientos de la conciencia con una buena confesión; en una palabra, pocos que no tengan necesidad de convertirse. No dilates un momento tu penitencia. ¡Qué dolor sería el tuyo si estos saludables consejos que estás leyendo fueran los últimos avisos que te da Dios! Él es el que te da este pensamiento, y te hace esta advertencia; no los desprecies; cargado estás de maldades y de deudas á su divina justicia; bien sabes dónde has de hallar al Salvador; no dilates para mañana el ir á buscarle, y arrojarle á sus piés.

2. Preciso es, dice san Pablo, que lo que fué materia de pecado, lo sea de penitencia; aquello mismo que diste al mundo cuando eras esclavo suyo, lo has de dar ahora á Dios; las mismas cosas que sirvieron á la vanidad y al deleite han de servir en adelante á la virtud y á la religion; sin esto la conversión es dudosa, es caduca, es aparente. ¡Cuántas galas costosas! ¡cuántos muebles superfluos! ¡cuántos gastos inútiles! Haz pedazos esos vasos de alabastro, derrama esos bálsamos preciosos á los piés de Jesucristo; es decir, redime con limosna tus pecados. ¡Qué consuelo sería el tuyo en la hora de la muerte, si hubieses vendido esas joyas, ese aparato de la vanidad y de la profanidad para adorno de los altares y para sustento de los pobres! ¿Consolará mucho á un moribundo dejar á sus hijos con qué eternizar la profanidad en la familia? Sacrifica al Señor antes de la muerte todo lo que ha servido de fomento al orgullo.

DIA VEINTE Y TRES.

SAN APOLINAR, ó APOLINARIO, OBISPO Y MÁRTIR.

Es reconocido san Apolinar por el apóstol y por el primer obispo de Ravena; por lo menos no se conoce otro mas antiguo que él. Fué discípulo del Salvador, y despues de su gloriosa ascension acompañó á san Pedro á Antioquia, donde trabajó bajo su dirección con tanto zelo y tanta felicidad en la propagación de la fe, que, cuando el santo apóstol dejó la cátedra de Antioquia para establecerla en Roma, le llevó consigo á Italia, conociendo su virtud y su zelo por la religion. Luego que llegaron á Italia, bien informado Pedro de lo que disponia la divina Providencia de su